

nes tanto en Roma como en la provincia Bética y, lo que es más importante, desde estos puestos de responsabilidad pudo seguir apoyando la obra, pues como entonces se decía: «El noviciado es la pupila de los ojos de la provincia». Al mismo tiempo que era excelente gestor, mostró una eficacia pastoral y un atractivo espiritual en sus escritos y en el ejercicio de su magisterio apostólico capaz de arrastrar voluntades de la alta sociedad sevillana y atraer recursos económicos hacia la causa. Estuvo muy ligado a los principales arzobispos de la diócesis sevillana y al cabildo catedralicio que de alguna manera comulgaron con los cambios espirituales y estéticos que propugnaron. Ariza se relacionó estrechamente con Luis Salcedo y Azcona, uno de los mecenas más significativos de

San Luis. Incluso el arzobispo Solís lo tuvo como director espiritual, aunque a este arzobispo luego le tocó la ingrata tarea de la expulsión. Su relación con el cabildo fue muy estrecha, especialmente con los hermanos Levanto, sobre todo con Francisco, al que al final de sus días da asilo en el propio noviciado y del que obtendrá la donación de todas las pinturas y relicarios que conforman el retablo mayor. Otros representantes de aquel aristocrático cabildo también se relacionaron con el noviciado: en la inauguración de San Luis presidirá la ceremonia el Deán Gabriel de Torres de Navarra, marqués de Campo Verde, predicando el arcediano Luis Ignacio Chacón, Marqués de la Peñuela.



RECUERDO DE JUAN RODRÍGUEZ JALDÓN

Por

MANUEL OLMEDO

Vicepresidente de los Amigos de los Museos de Osuna

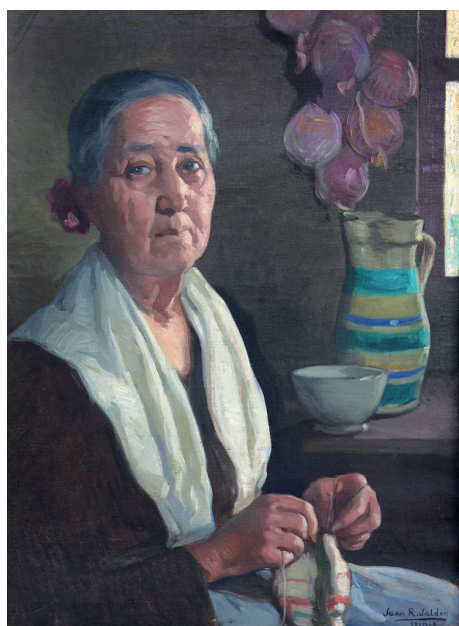
NACIDO en Osuna el 12 de julio de 1890, Juan Rodríguez Jaldón mostró muy joven aptitudes singulares para el arte de la pintura, y se formó básicamente en Sevilla, pensionado por el Ayuntamiento de su pueblo, al que –amor con amor se paga– regaló varias de sus obras y, a finales del año 1966, hizo donación de una serie numerosa e importante de ella, que se reunirían en un museo, cuyo renacimiento se ha producido felizmente. Osuna acababa de rendir al veterano pintor homenaje de admiración y de gratitud, expreso en la entrega del título de hijo predilecto de la villa.

A este testimonio de reconocimiento de la capacidad de un artista consagrado con entusiasmo singular a su tarea durante sesenta años, se sumó posteriormente la imposición de las medallas de oro de la Sección de Bellas Artes del Ateneo hispalense y de la cabalgata de Reyes Magos, distinciones con las que la docta casa, a la que tan entrañablemente estuvo vinculado, rendía a Rodríguez Jaldón cordial y emocionado tributo de afecto, poco antes de su muerte, acaecida el 26 de julio de 1967. En la LXXVIII Exposición de Primavera se le dedicó una sala.

Juan Rodríguez Jaldón tuvo como principal profesor en la Escuela de Artes y Oficios sevillana a Gonzalo Bilbao, quien ejerció una marcada influencia en la obra del ursonense, cuyas admiraciones se repartieron entre su maestro y los impresionistas franceses.

Al correr del tiempo, llegaría el artista a desarrollar fecundo magisterio en las escuelas hispalenses de Artes y Oficios y de Bellas Artes, alcanzaría laureles en las Exposiciones Nacionales, sería nombrado socio de honor del Salón de Otoño madrileño Y admitido académico numerario de la de Bellas Artes de Santa Isabel de Hungría.

Labor intensa, extensa y continuada la del pintor; tarea realizada con permanente celo, dentro de una línea de ponderación, de equilibrio y de armonía, *sin* vaivenes veleidosos, pero también sin excesivas rigideces, con fidelidad a un concepto no excluyente, propicio al pleno desarrollo de los valores fundamentales de la creación artística. Así, la jerarquía estética del pintor residía en la pasión de su entrega y en la medida con que exteriorizaba su amor encendido por la fascinante y espinosa actividad.



La sólida arquitectura del arte de Juan Rodríguez Jaldón se levanta sobre la firme, inmovible base de amplios y

profundos conocimientos del oficio, de una concienzuda preparación técnica, iniciada en el más riguroso sometimiento a la disciplina del dibujo y completada en un prolijo estudio del colorido y de las leyes del material.

En la pintura de Rodríguez Jaldón se define con nítidos perfiles una fértil unidad de inspiración y de estilo, al par que se logra la ecuación fundamental de las artes: el equilibrio entre la idea y la representación, sin que nunca abdique la señoreadora prestancia del pensamiento para someterse al ominoso yugo de la mera rutina.

Por encima de sugerencias temáticas y anecdóticas, de efectos descriptivos y ornamentales, de amables rasgos epidérmicos, la obra del maestro atesora una sustancialidad puramente pictórica, traducida en el vigor de las formas modeladas en su plena corporeidad, y en la potencialidad del color.

A lo largo de su dilatada carrera, Rodríguez Jaldón abordó los más ambiciosos empeños, impulsado por nobles afanes de superación, acreditativos de la autenticidad de una casta y de la firmeza de una vocación, y lucró éxitos abundantes, a cuyo halago jamás sucumbió su ejemplar modestia.



Foto de los cuadros: Patricio Rodríguez-Buzón



PATRIMONIO

LA SILLERÍA DE LA IGLESIA DE NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN PROCEDENTE DEL CONVENTO DE CARMELITAS CALZADOS DE ÉCIJA

Por

ANTONIO MARTÍN PRADAS

Doctor en Historia del Arte

Instituto Andaluz del Patrimonio Histórico

La fundación del convento de Nuestra Señora del Carmen de Écija, Orden de Carmelitas Calzados, se remonta a finales del siglo xv. La tradición afirma que la primera fábrica de la iglesia se realizó gracias a la piedad de un tercio de soldados que, alojados en la ciudad durante la guerra de Granada, «dieron el tiempo y su trabajo en esta obra».¹ A partir de esta fecha el convento contó con la protección del Concejo Municipal y de algunas familias nobles que eligieron su iglesia como enterramiento. Con la llegada de los franceses fue exclaustrado, solicitando la Orden su devolución al Ayuntamiento el 3 de enero de 1814, «ya que reunía las condiciones de habitabilidad y la comunidad sobrepasaba el número que exigían las disposiciones dictadas por el Gobierno para la devolución de los edificios religiosos exclaustrados».² En este convento permanecieron los carmelitas hasta la desamortización de 1836. En 1897, las dependencias del convento fueron cedidas a los padres salesianos, quienes lo habitaron hasta el segundo cuarto del siglo xx. Hoy día hace su templo las veces de iglesia parroquial.

A principios del siglo xix, concretamente en 1807, el padre fray Miguel Rodríguez Carretero, nos describe la iglesia y convento, haciendo especial hincapié en el coro alto:

Tiene esta iglesia un buen órgano, un coro alto muy capaz con una sillería de nogal bien hecha y en el espaldar de cada una dibujada primorosamente de talla una lámina de un santo de la Orden.³

Gracias al inventario que se realizó el 31 de diciembre de 1884 tenemos constancia del mobiliario que aún se conserva perteneciente al coro:

once misales en mal estado, de ellos ocho Carmelitas y dos romanos; el undécimo inservible... tres atrileras... un melodium en mal estado... En el coro alto hay baranda de madera, sillería y facistol... un órgano de caja dorada en mal estado.⁴

La sillería fue trasladada en la década de 1940 al convento de los padres carmelitas de Osuna, previa solicitud del padre provincial Rafael Rangel.⁵ El cronista oficial de la ciudad de Écija, don José Martín Jiménez, en su libro titulado *Guía del*

¹ ROA, Martín de: *Écija, sus santos y su antigüedad eclesiástica y seglar*.

Écija: Imprenta de Juan de los Reyes, 1890, p. 283.

² HERNÁNDEZ DÍAZ, J., SANCHO CORBACHO, A. y COLLANTES DE TERÁN, F.: *Catálogo arqueológico y artístico de la provincia de Sevilla*, t.III. Sevilla, Diputación, 1951, p. 312, nota 374.

³ RODRÍGUEZ CARRETERO, Miguel, Fray: *Epítome historial de los Carmelitas de Andalucía y Murcia*. Mss Biblioteca Nacional de Madrid, 1807. Primera edición del Padre Ismael Martínez Carretero. Sevilla: Grafisur, 2000, p. 60.

⁴ Archivo Parroquial de Santa María de Écija (AP Santa María). Libro nº 224 bis. Inventario de Bienes de la iglesia parroquial de Santa María y su feligresía, año 1884, S/F.

⁵ MARTÍN PRADAS, Antonio: *Las Sillerías de coro en parroquias y conventos ecijanos*. Écija: Gráficas Sol, 1993, p. 132 y ss.